

El reino de Matalcón

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: © siete_vidas, iStock / Getty Images

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Pascual Martínez Pérez, 2025

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-72-0

Depósito legal: M-3.509-2025

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Pascual Martínez

EL REINO DE MATALEÓN

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Preámbulo

El hombre está tirado en el suelo en posición fetal, la respiración entrecortada tras la última patada en el estómago. La uña del dedo pulgar de la mano derecha empieza a amoratarse por el martillazo.

—¿Ves lo que me obligas a hacer?

La voz suena a escasos centímetros de la oreja del yacente.

—He tenido muchos gastos este mes...

La bombilla del almacén emite una luz mortecina. El destello de una linterna centellea en el aire. Hay una estantería con botellas, bolsas de aperitivos y latas de conservas. Al lado, cajas apiladas de refrescos y cervezas.

—¡Deja de mover la linterna!

Los gritos van dirigidos a un individuo esmirriado con pasamontañas.

La linterna enfoca la cara del hombre apaleado. El ojo izquierdo es la ranura de una hucha. El verdugo lo agarra del pelo y le levanta la cabeza.

—Tu hija es una preciosidad. ¿Cuántos años tiene?

—Dieci... siete...

—La mejor edad: todo prieto y en su sitio. Pasado mañana quiero el dinero. ¿Ha quedado claro? Por cierto, Matalcón te manda recuerdos.

El verdugo le palmea la mejilla.

Se marchan.

El hombre llora avergonzado.

Bocarriba, los ojos desorbitados, la cabeza destrozada, el rostro ensangrentado. En paños menores. Abandonado en un jardín, junto a la Torre del Homenaje.

El sargento Falcones apostaría una mano a que no hay huellas. El que ha perpetrado la escabechina sabía lo que hacía. El agente que lo ha acompañado ya ha vomitado dos veces. Falcones le ha ordenado que se aleje. Solo falta que contamine la escena del crimen. Dos días de tricornio, el pipiolo. Menudo estreno.

Se ha topado con el cadáver uno de esos tipos que se levantan de madrugada y se desfondan al alba como el coyote detrás del correccaminos. *Runners*, los llaman los modernos. «Iba a estirar y lo he visto. Luego he avisado», dice el *runner*.

Es alto, fuerte y moreno. Viste una camiseta que podría distinguirse desde el Himalaya. Calzón y zapatillas rojas. Aún no se le ha pasado el susto.

El sargento maldice. No está acostumbrado a lidiar con incidentes de tanto calado en Priego de Córdoba. La Ciudad del Agua, la denominan, por la cantidad de manantiales que brotan en sus alrededores. Y un homicidio no es la mejor manera de comenzar el mes de las flores.

La jueza Arjona —menuda, pelo corto, unos cuarenta y cinco años mal llevados— llega media hora después escoltada por el secretario judicial.

—¿Sabemos su identidad, sargento?

—Sí, señoría. No le han quitado la documentación.

Mal asunto. «El asesino quiere que todo el mundo sepa quién es», piensa la jueza mientras se recoloca las gafas en el puente de la nariz.

— Vivía en Iznájar, señoría.

A la jueza le viene a la mente el sargento de la Guardia Civil que comanda el cuartel de ese municipio: Ernesto Pitana. Ha trabajado con él en la resolución de dos casos, ambos mediáticos. Le cae bien, aunque no aprueba sus formas.

— Contactaré con el sargento Pitana. ¿Lo conoce?

Si alguien no ha oído ese nombre en los últimos meses en un radio de cien kilómetros es porque padece sordera, es un anacoreta o está muerto.

— Naturalmente, señoría.

Ernesto Pitana se despertó. Jacinta dormía a pierna suelta, entre bufidos silentes. Tres meses de idilio. Pitana se quedaba cada vez con más frecuencia. Mucho mejor encamarse con la dueña de la fonda y sentir el cuerpo de una mujer a tu lado que la soledad y el desamparo que lo asaltaban en la casona alquilada.

Cómo cambia la vida, reflexionó Pitana, mientras intentaba conciliar el sueño. Cerraba los ojos cuando sonó el teléfono.

El sueño se le disipó de golpe tras la llamada.

El cuartel de la Guardia Civil de Priego de Córdoba se caía a pedazos.

El edificio principal era un mamotreto de dos plantas y fachada desconchada. Se accedía a las dependencias por una puerta acristalada coronada por un tejadillo que flanqueaban dos ventanas enrejadas. Sobre una de ellas, una cámara de vigilancia.

En el aparcamiento, varios coches oficiales bajo una tejavana de uralita. Una bandera de España ondeaba en un mástil sobre una barandilla, al lado de un contenedor.

Pitana y la cabo Montero se apearon del vehículo y se dirigieron a la entrada. El agente de la garita de control avisó a un compañero y este los acompañó hasta el despacho del sargento Falcones.

— Pasen, por favor.

Tomaron asiento.

Falcones era espigado y desgarbado. Barbilampiño, sonrojado, ojos negros y cejas pobladas.

«Parece el gigante bueno de un cuento», pensó Pitana, que tenía la costumbre de atribuir una personalidad alternativa a los miembros de la Benemérita que se cruzaban en su camino. Una extravagancia que arrastraba desde su ingreso en el cuerpo.

El gigante se movía inquieto en la silla, fija la vista en un punto indeterminado por encima de los visitantes.

— Lo han encontrado sobre las siete de la mañana.

Pitana seguía preguntándose por qué la jueza Arjona le había instado a personarse en el cuartel de Priego a la mayor brevedad. «El sargento Falcones le pondrá al día», había sido su única explicación.

Falcones dejó unas fotografías sobre la mesa. Pitana y Montero las examinaron reflexivos.

«¿Dónde has visto esta cara, Pitana?».

— La víctima se llamaba Augusto Cayo Zamora. Alias Cuchillo. Cuarenta y seis años. Nacido en Ayamonte. Vecino de Iznájar.

Pitana empezaba a comprender. Otro iznajeño que le iba a joder el desayuno. «A los que no se empeñan en suicidarse, los matan».

— ¿Quiere que interroge a la mujer?

— Si no es molestia...

El gigante se frotaba las yemas de los dedos como si se quitara un pegote de cola. Montero, expectante, no abría la boca.

Falcones los puso al corriente del tal Augusto Cayo.

Un delincuente reincidente: posesión de drogas, extorsión, robo a mano armada, violencia de género... Una joya, el em-

perador. Sin embargo, en los últimos dos años ni una multa de tráfico. A Pitana no le cuadraba. Un talibán no se convierte en budista por obra y gracia del Espíritu Santo. Y menos de repente.

Pitana intuyó que el buche del pelícano guardaba más peces.

— ¿Por qué no me cuenta de qué coño va todo esto?

A Falcones le sudaba hasta el páncreas.

— Tenemos un sospechoso.

— Pues mire qué bien. ¡Asunto solucionado!

— No es tan sencillo. El sospechoso de la muerte de Augusto es uno de mis hombres.

Pitana se tensó. Continuaba sin entender.

— Se llama Matías y es primo carnal de uno de sus agentes.

— ¿De quién?

— De Antonio Palomeque.